* Eduardo Westerdahl

Texto en el catálogo de la exposición en Galería Skira (Madrid), 1979

La presente obra de María Belén Morales, la más reciente de su carrera de escultora, tiende a la abstracción. Ha ido aquilatando valores esenciales para dar ese difícil salto en el que el recuerdo del cuerpo humano se desvanece. Existen clásicos de nuestro siglo que han procedido de igual manera. Así observamos una figura que se hace paisaje, uno embriones simbólicos, y así hasta llegar a la presencia de sus superposiciones de madera noble sobre campos metálicos. Si desde Dadá, con Schwitters y Arp, los collages de madera anunciaban el desarrollo del arte pobre, ahora María Belén quiere hacer la restauración de la belleza postergada y recurre a estas masas táctiles sobre fondos rutilantes. En alguna de sus obras existe de manera clara una vinculación con el Simbolismo, recogiendo una fuente histórica, como otros artistas lo han hecho con otros movimientos. Estas incorporaciones, de acusada perfección, nos vienen a dar un friso de joya, una luminosa presencia moderna.
En este discurso, en el que la humanidad se convierte en semilla y pasa luego a ser un cuerpo sin denominación, radica esta experiencia plástica de placer visual; entramos en el placer y dejamos atrás, entonces, el dolor y el testimonio
Eduardo Westerdahl